

SOBRE SANTEROS Y SANTERIA

Tengo un talante liberal. Pero liberal no en estricto sentido político, sino en el más amplio de actitud ante el mundo, como el que proclamaba el admirado e inolvidable Marañón. Para él, ser liberal, suponía estar dispuesto a entenderse con quienes no piensan igual, y tener la convicción de que los medios jamás justifican los fines. Es, por tanto, una norma de conducta y de respeto, que busca comprender a los demás, aun cuando sólo se comparta con ellos el hecho aleatorio de vivir en el mismo tiempo y en el mismo lugar. Y si a esto añadimos su idea de que, cada día, como eternos colegiales, debemos aprender incansables y curiosos, con humildad franciscana, aquello nuevo o desconocido que se nos aparece, nos encontramos con unas reglas perfectas para acercarnos con espíritu abierto a cuanto acontece en nuestro entorno.

Yo nunca he sido santero y pudiera parecer osado atrevimiento, por mi parte, hablar de santería, aun cuando se me haya invitado amablemente a la colaboración; de ahí este, tal vez excesivo preámbulo, con el que trato de justificar estas líneas, y que tiene una sencilla síntesis: un afán personal de conocer y comprender, pese a mis limitaciones y capacidad.

Y lo primero que se observa, cuando se hace con interés, es la especial facultad, o atracción, de la santería, para unir a un grupo. Puede que sea de manera transitoria, pero mientras dura se crea un clima de compañerismo, amistad y colaboración. Hecho que por sí solo tiene suficiente entidad y notas positivas como para subrayarlo.

Mas el objetivo fundamental del santero es salir a la calle, aguantando firme el peso, a veces casi insoportable, con gallarda entereza. No se trata de hacer deporte, ni de demostrar hombría, ni de realizar ninguna competición, como algún extraño - nunca un lucentino - puede pensar. Para el santero los momentos culminantes de la procesión, son casi un rito y una efectiva común-uniión del grupo, en la misión de mostrar con orgullo a quien con verdadero mimo pasean. Sudoroso, soportando en ocasiones una carga que nubla la vista, el santero se siente feliz. Y eso es lo que importa.

Cuando hoy las inquietudes, aficiones e ideas se disparan, mayoritariamente, hacia derroteros egoístas y a la búsqueda casi exclusiva del dinero y el poder, encontrarnos con comportamientos así, donde no existe interés mezquino ni pretensión de dominio sobre otros, es como descubrir, de improviso, cuando el calor y la sed acucian, un verde oasis con agua pura y fresca.

Pero además, a mi juicio, la santería, es un modo inconsciente de expresión de fe. Aun cuando no se pretenda; incluso aunque se niegue o se haga ostentación de buscar en ella otras motivaciones. Subterráneamente, es consecuencia, resultado, de ocultas tendencias heredadas. La comunicación puede hacerse de muy diversas formas y no siempre la más expresiva es la palabra. Y al pueblo, al pueblo

sencillo, llegan con mayor intensidad manifestaciones como ésta, de las que él mismo se siente partícipe, y que forma parte de sus rasgos peculiares. El sudor, los hematomas del hombro magullado, tienen el mismo valor que una oración. Quizá no puedan compararse a la exquisitez y delicadeza de los versos de San Juan de la Cruz o de Fray Luis de León, pero poseen un incuestionable calor y sentimiento humanos.

Sobre el tema, sin duda, puede escribirse mucho: desde una extensa descripción costumbrista hasta un tratado de sociología o religiosidad popular; pero ni el espacio ni mis conocimientos lo permiten. Creo que lo dicho es una realidad que nadie puede negar. Si por torpeza no he acertado a exponerlo, ruego disculpas.

MIGUEL MOLINA.